

PRESENTACIÓN DE LAS ETAPAS TEOLÓGICA O CONFIGURATIVA Y PASTORAL

✠ Jorge Carlos Patrón Wong
Arzobispo-Obispo emérito de Papantla
Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero

Objetivo particular: Los Obispos, Rectores y Formadores perciben la especificidad de la formación del discípulo llamado a ser pastor, durante las últimas etapas de la formación inicial.

1. El concepto de configuración con Cristo.

*Desde el primer momento vocacional toda la vida del presbítero es una formación continua: la propia del discípulo de Jesús, dócil a la acción del Espíritu Santo para el servicio a la Iglesia. La pedagogía de la formación inicial, durante los primeros años de Seminario, procuraba inducir al candidato a entrar en la sequela Christi. Finalizada la etapa filosófica o discipular, la formación se concentra en el **proceso de configuración del seminarista con Cristo, Pastor y Siervo, para que, unido a Él, pueda hacer de la propia vida un don de sí para los demás** (RFIS, 68a).*

*La configuración con Cristo exige entrar con profundidad en la contemplación del Hijo predilecto del Padre, enviado como Pastor del Pueblo de Dios. La práctica de la contemplación hace que **la relación con Cristo sea más íntima y personal** y, al mismo tiempo, favorece el **conocimiento y la aceptación de la identidad presbiteral** (RFIS, 68b).*

La palabra configuración se compone de dos partículas: *con-figuración*; es decir, con la figura o la forma de Cristo. Adquirir la forma de Cristo, ser otros Cristos, solo es posible por la acción del Padre, a través de su Espíritu. Desde que se ha iniciado el camino de la vida cristiana con el sacramento del Bautismo el Padre ha comenzado esta obra en cada uno de sus hijos. El seminarista durante la etapa filosófica o discipular ha seguido creciendo en asemejarse más y más a Cristo. Ahora en la etapa teológica o de configuración, con mayor razón, y ya sentadas las bases de una sólida vida discipular, puede seguir creciendo con miras a adquirir una identificación más específica con Cristo Pastor, que envuelve todo el

ser del seminarista: pensamientos, palabras, acciones, sentimientos, es decir, que en definitiva pueda repetir como Pablo: “*ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí*” (Gal. 2, 20).

Naturalmente, al terminar la etapa teológica o configuradora, aun habrá mucho camino por recorrer para alcanzar la plena identificación con Cristo, es un camino que día a día se sigue recorriendo, a lo largo del ministerio sacerdotal, de ahí la necesidad de la constante formación presbiteral o formación permanente. Como formadores, mientras continuamos adquiriendo la forma de Cristo, ayudamos a otros a que también se configuren, de aquí la palabra “formador”. El seminarista no se configura para siempre, pero aprende el camino místico y los medios ascéticos que le ayudarán a alcanzarla durante el resto de su vida, a través de la contemplación y del ejemplo y la ayuda de los formadores.

*La etapa de los estudios teológicos, o configuradora, se ordena de modo específico a la formación espiritual propia del presbítero, donde la **conformación progresiva con Cristo hace emerger en la vida del discípulo los sentimientos y las actitudes propias del Hijo de Dios**; y a la vez, lo introduce en el aprendizaje de una vida presbiteral, animada por el deseo y sostenida por la capacidad de ofrecerse a sí mismo en el cuidado pastoral del Pueblo de Dios. Esta etapa facilita un **arraigo gradual en la personalidad del Buen Pastor**, que conoce a sus ovejas, entrega la vida por ellas y va en busca de las que permanecen fuera del redil (cf. Jn 10, 17) (RFIS, 69).*

La configuración con Cristo puede entenderse desde cuatro rasgos de la vida de Cristo: Siervo, Pastor, Sacerdote y Cabeza.

Cristo Siervo. Este primer rasgo enlaza fuertemente con la iniciación cristiana y la vida discipular. El Señor no ha venido para ser servido, sino para servir y dar la vida (Cf. Mt 20, 26-28). Se identificó con el enigmático personaje de los cantos del siervo del profeta Isaías, e invitó a sus discípulos a adoptar la posición extrema del esclavo. San Pablo, comparándose con aquellos que llamaba «super apóstoles», se designa a sí mismo como «siervo» y «esclavo», demostrando así la autenticidad de su ministerio apostólico (Cf. 2 Cor 11, 5-15). Es claro que el humilde servicio es un criterio de discernimiento central en la vida cristiana, pero también es central en el ministerio sacerdotal. Los primeros cristianos aplicaron la figura del siervo a Jesús y a los pastores del pueblo de Dios (1 Pe 2, 21-25). El primer paso en la configuración espiritual con Cristo es convencerse de haber sido llamado para el servicio y asumir humildemente esta encomienda, excluyendo toda pretensión y toda búsqueda de privilegios.

Cristo Pastor. Este segundo rasgo es nuclear. La imagen del pastor tiene una profunda raíz en el Antiguo Testamento. Los tres grandes personajes de la historia sagrada: Abrahán, Moisés y David, fueron sacados de detrás del rebaño para conducir al pueblo de Dios. En la tradición profética se hace un análisis crítico de la figura del pastor y del comportamiento de los malos pastores y se consigna la promesa de que Dios mismo pastoreará a su pueblo, a través de pastores que obren justamente, según su corazón (Jer 3, 15). Jesús retomó esta tradición para explicar su propio ministerio, cercano a los pobres y a los pecadores, por medio de la parábola del pastor que sale en busca de la oveja perdida (Lc 15, 1-10). Los primeros cristianos aplicaron a Jesús (1 Pe 2, 25) y al ministerio presbiteral (1 Pe 5, 1; Hech 20, 17-38) la imagen del pastor. Un segundo paso en el camino de la configuración mística con Cristo es reproducir los sentimientos del pastor, que siente la ausencia de la oveja

perdida y sale a buscarla sin descansar hasta que la encuentra. Pastor es quien sale a buscar a las ovejas, las defiende de las fieras salvajes, las cura y las alimenta, las reúne en un solo rebaño. No es un asalariado, no busca sus propios intereses, no se instala en la comodidad.

Cristo Sacerdote. El tercer rasgo se refiere al oficio sacerdotal. Aunque Jesús no perteneció a una familia sacerdotal, realizó con toda autoridad la purificación del Templo de Jerusalén (Jn 2, 13ss) y su misterio pascual fue interpretado por la Carta a los Hebreos desde la figura sacerdotal. Decir que Cristo es víctima, sacerdote y altar y aplicar estos conceptos al sacerdote significa dibujar una verdadera espiritualidad sacerdotal, caracterizada por el don definitivo de sí mismo hasta la muerte y por la unión sacrificial con el Señor crucificado y resucitado. El sacerdote vive con especial profundidad la capacidad humana de oblación, inmola su vida cada día repitiendo en primera persona las palabras de la consagración y realiza este proyecto a través de toda su actividad ministerial.

Cristo Cabeza. Por último, está el rasgo de Cristo Cabeza. Va al final porque supone todo lo anterior. El reconocimiento de la autoridad del presbítero no debe ser interpretado ni utilizado como un pretexto para satisfacer los propios deseos de poder. El modelo de la autoridad de Cristo implica poner en práctica la voluntad del Padre y ejercer la autoridad como humilde servicio. Este es el ser cabeza de Cristo con el cual todo presbítero debe configurarse. Es evidente que este último rasgo supone e implica los anteriores. Y es que la autoridad en la Iglesia siempre está marcada por los ejemplos de Cristo y desde ella debe ser interpretada. De esta manera, también el servicio de autoridad se convierte en un cauce para la configuración espiritual con Cristo y por ello en un rasgo de la espiritualidad sacerdotal.

2. Medios místicos y ascéticos para la configuración.

El seminarista, sin descuidar lo aprendido en las dos etapas anteriores, profundiza la vivencia de una **espiritualidad sacerdotal** que comprende la oración por el pueblo de Dios, una participación más activa y consciente en los misterios de Cristo a través de la liturgia y los sacramentos, que viene ritmada por la recepción de los ministerios de lector y acólito y un sentido profundo de pertenencia a la Iglesia en el plano particular y universal.

El trabajo realizado sobre la propia personalidad adquiere ahora un sentido pastoral, consiguiendo que el seminarista, consciente de sus virtudes y defectos, llegue a **ser un puente y no un obstáculo** entre Jesucristo y los hombres a quienes está destinado a evangelizar. En este momento de la formación el seminarista pone todo lo que es y lo que tiene al servicio del Evangelio, profundizando en la pobreza, el celibato y la obediencia propias del sacerdote diocesano.

El **estudio de la teología** está profundamente vinculado a la formación, de tal modo que el seminarista traduzca sus contenidos en vida espiritual, sacerdotal y pastoral. La actividad apostólica servirá para ampliar su visión del ministerio sacerdotal específicamente en el ámbito de la Iglesia Particular, aprendiendo a valorar y potenciar todos los carismas y vocaciones que están presentes en ella y la constituyen.

3. La etapa teológica o configurativa.

El contenido de esta etapa es exigente y fuertemente comprometedor. Se requiere una

*responsabilidad constante en la **vivencia de las virtudes cardinales, las virtudes teologales y los consejos evangélicos**, siendo dócil a la acción de Dios mediante los dones del Espíritu Santo, desde una perspectiva netamente presbiteral y misionera, junto a una gradual relectura de la propia historia personal, en la que se descubra el **crecimiento de un perfil coherente de caridad pastoral**, que anima, forma y motiva la vida del presbítero (RFIS, 70).*

*Desde la perspectiva del servicio a una Iglesia particular, los seminaristas deben formarse en la **espiritualidad del sacerdote diocesano**, marcada por la entrega desinteresada a la circunscripción eclesiástica a la que pertenecen o a aquella en la cual, de hecho, ejercerán el ministerio, como pastores y servidores de todos, en un contexto determinado (cf. 1Cor 9, 19) [...] Este amor imprescindible por la diócesis puede ser eficazmente enriquecido por otros carismas, suscitados por la acción del Espíritu Santo. De modo semejante, el don sacerdotal recibido con la Sagrada Ordenación implica la **entrega a la Iglesia universal** y, por tanto, se amplía a la misión salvífica dirigida a todos los hombres, hasta los últimos confines de la tierra (cf. Hech 1,8) (RFIS, 71).*

*A lo largo de esta etapa, según la madurez de cada candidato y aprovechando las posibilidades formativas, serán conferidos, a los seminaristas los ministerios del **lectorado** y del **acolitado**, de modo que puedan ejercerlos por un tiempo conveniente, disponiéndose mejor para el futuro servicio de la Palabra y del altar. El **lectorado** propone al seminarista el “reto” de **dejarse transformar por la Palabra de Dios**, objeto de su oración y de su estudio. La recepción del **acolitado** implica una **participación más profunda en el misterio de Cristo que se entrega y está presente en la Eucaristía, en la asamblea y en el hermano** (RFIS, 72).*

*La etapa de los estudios teológicos, o configuradora, se orienta hacia la recepción de las Sagradas Órdenes. Al final de la misma, o durante la etapa siguiente, si es considerado idóneo a juicio del Obispo, habiendo escuchado a los formadores, el seminarista solicitará y recibirá la **ordenación diaconal**, con la cual obtendrá la condición de clérigo, con los correspondientes deberes y derechos, y será incardinado «o en una Iglesia particular, o en una prelatura personal o en un instituto de vida consagrada o en una sociedad...», o en una Asociación o en un Ordinariato que tengan tal facultad (RFIS, 73).*

Junto con este proceso gradual, es necesario que se trabaje en cada una de las dimensiones formativas. En la *dimensión humana*, siendo más consciente de sus límites y fortalezas, continúa en su trabajo de integración entre lo que es y está llamado a llegar a ser, vive la lucha cristiana dentro de una sana tensión, creciendo en la capacidad de salir de sí mismo para darse a los demás, superando formas de narcisismo y egoísmo que solo lo llevan a buscar la gratificación de sus propias necesidades sin tener en cuenta las de los demás; de tal manera que negándose a sí mismo, pueda entregarse por los otros, por Dios, por la Iglesia, y por los más necesitados.

En la *dimensión espiritual*, aprovechando todos los medios que la Iglesia y el Seminario le ofrecen, sigue creciendo en su camino de configuración con Cristo Siervo, Pastor, Sacerdote y Cabeza de la Iglesia. Crece en la espiritualidad diocesana valorando todos los carismas de la Iglesia y abriéndose más y más a la obra que el Padre, a través de su Espíritu, sigue haciendo en su corazón, el cual transforma en otro Cristo para la Iglesia y para el mundo.

En la *dimensión intelectual* aprovecha el estudio sistemático de la Sagrada Escritura y los contenidos teológicos en moral, liturgia, historia de la Iglesia, derecho canónico, dogma, etc., para prepararse a ofrecer un mejor servicio eclesial, es decir, que integra la teoría con la práctica, de modo que lo aprendido en el ámbito teológico transforma su propia vida y lo dispone para acompañar a otros en el seguimiento de Cristo.

En la *dimensión pastoral*, integrando las demás dimensiones, es decir, la capacidad de salir de su propio yo para hacerse servidor de los demás especialmente de los más pobres, haciéndose más dócil a la acción de la gracia para configurarse con Cristo Siervo y Pastor. Integrando la teoría adquirida en sus estudios teológicos, se hará más sensible a las necesidades de la Iglesia y de la humanidad para responder generosamente, sirviendo en los diferentes ámbitos de la pastoral diocesana y parroquial. Las actividades pastorales propias de esta etapa ayudan a que el seminarista comprenda y acepte con mayor profundidad la amplitud de la misión de la Iglesia y del ministerio sacerdotal.

4. La etapa pastoral.

El **objetivo** de esta etapa es doble (Cfr. RFIS, 74):

- Insertarse en la vida pastoral, mediante una gradual asunción de responsabilidades, con espíritu de servicio;
- Esforzarse por una adecuada preparación, recibiendo un acompañamiento específico con vistas a la recepción del presbiterado.

En esta etapa el candidato es invitado a declarar de modo libre, consciente y definitivo la propia voluntad de ser presbítero, después de haber recibido la ordenación diaconal.

La etapa pastoral (o de síntesis vocacional) incluye el período entre el fin de la estancia en el Seminario y la ordenación presbiteral, pasando obviamente a través de la recepción del diaconado (RFIS, 74). La duración de esta etapa formativa es variable y depende de la tradición de la diócesis y de la madurez e idoneidad del candidato. No obstante, es necesario respetar al menos los tiempos canónicos establecidos entre la recepción del diaconado y del presbiterado, según el C.I.C., cann. 1034-1035 (RFIS, 76).

Comúnmente, esta etapa se realiza fuera del edificio del Seminario, al menos por un tiempo considerable. Este período, que habitualmente se vive en el servicio a una comunidad, puede incidir significativamente en la personalidad del candidato. Se recomienda, por ello, que el párroco, u otro responsable de la realidad pastoral que acoge al seminarista, sea consciente de la responsabilidad formativa que recibe y lo acompañe en su gradual inserción (RFIS, 75).

La **ordenación diaconal y presbiteral**. Como conclusión del ciclo formativo del Seminario, los formadores deben ayudar al candidato a aceptar con docilidad la decisión que el Obispo tome sobre él. Aquellos que reciben el Sagrado Orden necesitan una conveniente preparación, especialmente de carácter espiritual (Cf. C.I.C., can. 1039). El espíritu orante, fundado en la relación con la persona de Jesús, y el encuentro con figuras sacerdotales ejemplares, acompañen la meditación asidua de los ritos de la ordenación, que, en las oraciones y en los gestos litúrgicos, sintetizan y expresan el profundo significado del

sacramento del Orden en la Iglesia (RFIS, 77).

Conviene que se distinga claramente el proceso específico de preparación al diaconado de aquél que se ordena al presbiterado, tratándose de dos momentos distintos. Por tanto, no habiendo razones graves que induzcan a proveer diversamente, será oportuno no unir en la misma celebración ordenaciones de diáconos (transitorios o permanentes) y de presbíteros, a fin de poder dar a cada momento la debida y peculiar atención y de facilitar la comprensión de los fieles (RFIS, 78).

Integralidad. En la *dimensión espiritual* el candidato a las órdenes sagradas pone en práctica los medios de la vida espiritual en el contexto de una comunidad cristiana y en el servicio pastoral. El seminarista necesita experimentar su futura vida espiritual presbiteral. El crecimiento espiritual será mutuo entre la comunidad a la cual sirve y su propia persona, ya que se santifica sirviendo y sirviendo ayuda en la santificación de los otros. Comienza a asumir un estilo de vida sacerdotal, a través del celibato, la fraternidad presbiteral, la unión con una comunidad y el ejercicio responsable de la misión que se le encomienda.

En la *dimensión humana*, gracias al trabajo realizado sobre su propia persona durante los años precedentes, adquiere una mayor apertura a la realidad de las personas y comunidades. Ha alcanzado una mayor capacidad para el servicio apostólico. Se considera un servidor humilde y disponible donde lo necesiten. Ha crecido en la capacidad de ser dueño de sí mismo, de tal manera que su personalidad no sea un obstáculo para evangelizar, al contrario, con sus rasgos y características personales se hace instrumento de la evangelización. A nivel comunitario, luego de la experiencia vivida a lo largo del Seminario ha crecido en su capacidad para: compartir con los otros, aceptándolos con sus cualidades y defectos y así llevar en común la misión encomendada, enfrentar las dificultades de la realidad, ayudar y dejarse ayudar para crecer juntos en la respuesta a la llamada divina.

En la *dimensión intelectual*, pone al servicio de la misión específica los conocimientos y capacidades de trabajo que ha adquirido. Su preparación intelectual y práctica la pone al servicio de los otros, permaneciendo abierto a seguir aprendiendo de ellos, sobre todo de los mayores que con su experiencia de vida tienen mucho que aportar. Mantiene el interés cultural e intelectual para estar siempre formándose. Si el candidato continúa sus estudios, haciendo alguna especialización es necesario que tenga claridad del objetivo de tales estudios: la misión en la Iglesia.

La *dimensión pastoral* permite concretizar su misión en la palabra “servicio”, sobre todo de los más necesitados, enfermos, pobres, etc. Es importante trabajar en comunidad, saber escuchar a los otros, tomar decisiones en común, discernir comunitariamente. El candidato crecerá en la libertad para poner sus recursos humanos y materiales al servicio de la misión específica.

Trabajo por regiones: Criterios sobre las etapas teológica o configurativa y pastoral que deben tenerse en cuenta en la elaboración de la *Ratio* nacional.